

Recoge López una versión, que también atribuye la denuncia de Alzaga a Rademaker: la princesa Carlota habría dirigido una carta a su agente en Buenos Aires con los nombres de los comprometidos en la conjura (sin explicar cómo lo había sabido) dirigida en el sobrescrito Al representante de Portugal; fue entregada a Rademaker que la llevó al gobierno. López ha oído repicar pero no ha encontrado la campana. No es verosímil que Rademaker entregase al gobierno una carta de la princesa; pero en cambio lo es que denunciase la conspiración.

Lo que puede inferirse es que Rivadavia, al saber que Alzaga corrompía a los portugueses y no pudiendo acusarlo directamente, habría creado la leyenda del negro Ventura. Así por un lado se desembarazaba de Alzaga y los ricos comerciantes españoles, por el otro satisfacía a Monteagudo y la Sociedad Patriótica con un jacobino baño de sangre. Se robustece la conjetura porque Pueyrredón —según el relato dejado por Rivadavia a Florencio Varela— creía en la falsedad del complot y habría querido renunciar.

¿Qué es lo que movió a Rademaker a denunciar la tentativa de soborno? ¿Fue realmente tentativa? Porque la conducta del agente portugués es sospechosa en el retiro de las tropas de Souza, que pudo apresurar y no lo hizo hasta después de la muerte de Alzaga. ¿Habría recibido realmente el millón de pesos, como recibieron otras sumas Souza y das Galveas con el compromiso de dar marcha atrás en el convenio del 26 de mayo, y después, sabiendo la imposibilidad de convencer a Strangford o contrarrestar su influencia, denunció a Alzaga y los suyos para desembarazarse del compromiso y quedarse con el dinero? Su inesperada marcha, que equivale a una fuga, y su caída en desgracia con la Corte portuguesa, dan asidero a la suposición.

La “semana de sangre” dio al gobierno el apoyo de Monteagudo y la *Sociedad Patriótica* —que significaba el de los periódicos hasta entonces de oposición— e hizo que muchos españoles partidarios de la causa patriota regularizaran su situación con cartas de ciudadanía nativa. Entre ellos Domingo Matheu, que se había olvidado de hacerlo pese a su vocalía en la Primera Junta, y Benito González Rivadavia, padre de Bernardino.

11. BATALLA DE TUCUMÁN

Belgrano, general del Ejército del Perú.

Belgrano no recibió la comunicación del 4 de marzo porque el mismo 27 de febrero en que izaba la bandera en la batería *Independencia*, el gobierno lo había nombrado jefe del ejército del Perú aceptando las reiteradas renunciaciones de Pueyrredón, y le ordenaba que sin demora se hiciese cargo. Se puso en camino en los primeros días de marzo. El 26 encontró al ejército, que venía en retirada hacia Tucumán, en la posta de *Yatasto* cincuenta leguas al norte de esta ciudad. Pueyrredón le entregó el mando el mismo día.

El *ejército del Perú*, pese a tener jefes de la categoría de Díaz Vélez, Juan Ramón y Diego Balcarce, Dorrego, Warnes, Superí, Venancio Benavídez (que había sido incorporado con el grado de teniente coronel, junto con parte de las tropas que sitiaron a Montevideo) y jóvenes oficiales de la talla de Forest, Paz, Lamadrid o Alvarado, era una mesnada sin armas ni moral. Había sólo 580 fusiles, en su mayor parte inservibles, para 1.200 soldados; se carecía de los servicios más indispensables, faltaban alimentos, medicinas, vestuario, y apenas si se tenía un cañón en buen uso. “Siempre me toca la desgracia —escribió Belgrano al gobierno con su habitual buen humor— que me busquen cuando el enfermo ha sido atendido por todos los médicos y abandonado”.

Como llegan noticias de haberse detenido Goyeneche en su avance al sur por la resistencia que le ofrece Cochabamba, Belgrano ordena retrogradar al norte para cortar la desmoralización que producía la retirada. Establece su cuartel en *Campo Santo*, jurisdicción de Salta. Pueyrredón quedará un tiempo en Yatasto, tal vez a la espera de su segura elección como triunfador en las elecciones del 5 de abril.

La actividad de Belgrano será febril para poner al ejército en condiciones. Pide refuerzos a Buenos Aires, que le manda al barón de Holmberg llegado con San Martín en marzo a quien se supone un práctico artillero; y junto con el barón un lote de cañones y armas. Levanta bandera de enganche y restablece los servicios indispensables de parque y maestranza. Su dinamismo hizo que los soldados le pusieran el mote de *Chico Majadero*.

La preocupación mayor del Belgrano era quitar el recelo contra los “impíos porteños” causado por las actitudes de Castelli y sus amigos. Hace celebrar misas cotidianas a las que asiste con sus jefes, oficiales y tropas. Sin embargo, se verá obligado a expulsar de Salta al obispo, fray Nicolás Videla del Pino, a quien le sorprende correspondencia con Goyeneche.

A principios de mayo se mueve a Jujuy donde se establece el 19. “Yo podría —escribe el 14 hallándose en ruta— emprender algo y tal vez con mejores avisos del estado de Suipacha me dirija contra aquel punto; pero si la suerte me es adversa, ¿Dónde apelaré? ¿apelaré a estos pueblos donde sólo veo frialdad y si cabe decir una oposición formal?”

Los comerciantes, que abundaban en las ciudades del camino del Perú, eran por regla opuestos a la revolución. No ocurría lo mismo con el pueblo. Pero estaban recelosos por la conducta impolítica de Castelli; de allí el esfuerzo de Belgrano para disipar el ambiente dejado por éste.

En Jujuy festeja el segundo aniversario de la Revolución. Hace celebrar un solemne *te-deum* en la iglesia matriz, donde Gorriti bendice la bandera celeste y blanca, paseada y llevada al Cabildo en vez del obligado “estandarte real” como se venía haciendo hasta entonces (por una coincidencia tampoco en Buenos Aires se paseó el 25 de mayo el estandarte real).

La bandera y la independencia (25 de mayo).

El nuevo pabellón fue enarbolado en el Cabildo y saludado por una salva de honor de los cañones recientemente llegados. A la tarde, Belgrano hizo formar las tropas en la plaza ante la bandera. Arengó a los soldados y al numeroso pueblo con palabras que expresaban en público, en forma clara e indubitable, el propósito de la independencia.

Fue una verdadera “declaración de independencia” la oración de Belgrano en Jujuy la tarde del 25 de mayo de 1812:

“¡Soldados, hijos dignos de la Patria, camaradas míos! Dos años ha en que por primera vez resonó en estas regiones del grito de libertad y él continuó propagándose hasta por las cavernas más recónditas de los Andes... no es obra de los hombres sino de Dios Omnipotente que permitió a los americanos que entrásemos en el goce de nuestros derechos. El 25 de mayo será para siempre memorable en los anales de nuestra historia, y vosotros tendréis un motivo más de recordarlo cuando veis en él, por primera vez, *la bandera nacional en mis manos que ya nos distingue de las demás naciones del globo*... Esta gloria debemos sostenerla de un modo digno con la unión, la constancia y el exacto cumplimiento de nuestras obligaciones hacia Dios... Jurad conmigo ejecutarlo así, y en prueba de ello repetid ¡Viva la Patria!”.

Informó lo que había hecho al Triunvirato el 29, alegre por “las aclamaciones y vivas del pueblo que se complacía de la señal que ya nos distingue de las demás naciones”.

Contestaría el Triunvirato por la pluma y estilo de Rivadavia: “¿Los impulsos que de cualquier parte de una esfera se arrojen hacia su centro, qué más pueden hacer que oscilarla y excentricarla? Tales son los efectos de los procedimientos de V.S. Esta superioridad, que hace el centro o punto en que gravitan los grandes negocios que el sistema de relaciones que han de formar o afirmar a la dignidad de un Estado a unos pueblos informes y derramados a distancias inordinadas, pero que con justicia y oportunidad se han avanzado y esfuerzan en constituirlo, no pueden contenerse sin en el punto de un celo enérgico pero prudente... El gobierno deja a la prudencia de V.S. mismo la reparación de tamaño desorden (la jura de la bandera), pero debe prevenirle que ésta será la última vez que sacrificará tan alto punto los respetos de su autoridad y los intereses de la nación que preside y forma, los que jamás podrán estar en oposición a la uniformidad y orden. V.S. a vuelta de correo dará cuenta exacta de lo que haya hecho en cumplimiento de esta superior resolución”.

El mismo problema que se presentó en marzo con la bandera del Rosario y en abril con la asamblea *soberana*, se repetía al Triunvirato con la bandera *nacional* de Jujuy. No dejaría que otros se le adelantasen a declarar la independencia o la autonomía (“formar o arrimar a la dignidad de un Estado a unos pueblos informes y derramados a distancias inordinadas”). Pero tampoco se atrevía a hacerlo para no disgustar a Strangford. Belgrano respondió dolido el 18 de julio. Explicó que había alzado la bandera, tanto en el Rosario como en Jujuy, para “*exigir a V.E. la declaración respectiva*... en mi deseo que estas provincias se cuenten *como una de las naciones del globo*”; pero no dictando la independencia el gobierno no le cabía otra conducta que recoger la bandera “y la desharé para que no haya ni memoria de ella... si acaso me preguntan responderé que se reserva para el día de la gran victoria... y como ésta no está muy lejos, todos la habrán olvidado”.

Avance español (mayo a agosto).

Recibe Jujuy la noticia de la derrota y caída de Cochabamba ocurridas el 27 de mayo. Goyeneche, única excepción en su prudente campaña, había entregado la ciudad al saqueo, ordenado confiscaciones, fusilamientos y demás medidas de terror.

Tampoco Belgrano procedía con lenidad; no le hubiera sido posible porque la mayor parte de la clase vecinal jujeña le era francamente hostil, como ocurría en las poblaciones del *camino del Perú*, en donde la clase alta estaba dormida por los comerciantes de origen peninsular. En cambio, el pueblo y algunos viejos pobladores (el marqués de Yaví entre ellos) eran tesoneramente partidarios de la revolución a pesar de los errores de Castelli que chocaron con su fe religiosa. Pero Belgrano trataba de hacer olvidar el volterianismo de su primo.

Para mantener sujeta a la clase principal jujeña dio un bando que penaba con la muerte la difusión de noticias alarmantes. También quiso establecer disciplina en el ejército y dispuso que todo soldado u oficial que no cumpliera una orden fuera fusilado. Esto llevaría a la desertión de Venancio Benavidez, difícil de mantener en las reglas de una disciplina: el héroe de Asencio, que era teniente coronel del ejército patriota, se disgustó con Belgrano y en junio se pasó a los españoles informando a Goyeneche la débil situación de los patriotas y alentándolo para marchar sobre Jujuy. Por despecho, unió la traición a la desertión.

En julio empezó a moverse el ejército realista, fuerte de más de 3.000 hombres, que Goyeneche había puesto a las órdenes del brigadier Pío Tristán, arequipeño como él y hermano de Domingo Tristán que había sido gobernador patriota de La Paz. El 1 de agosto deja Tupiza y se acerca a Humahuaca. Desde julio el Triunvirato había ordenado a Belgrano replegarse a Tucumán, y de allí a Córdoba: el interés del gobierno parece que estuviera en defender exclusivamente a Buenos Aires.

Éxodo jujeño (23 de agosto).

Belgrano llamó el 14 de julio a leva de voluntarios entre 16 y 35 años, pero únicamente encontró eco en la gente del pueblo con quienes formó un cuerpo de caballería —los *Patriotas Decididos*— que puso a las órdenes de Díaz Vélez. La clase vecinal no respondió a pesar de decir que “quienes disfrutaban de los derechos de libertad, propiedad y seguridad en nuestro suelo, deben saber que no hay derecho sin obligación, y quien tiene aquéllos sin cumplir éstos es un monstruo abominable digno de la execración pública”.

El ejército patriota no estaba en condiciones de resistir, y el repliegue se hizo necesario. El 29 de julio Belgrano dictó una orden terrible: como lo ordenaba el gobierno, dispuso la retirada debido a que se acercaban enemigos a Suipacha, “y lo peor es que son llamados por los desnaturalizados que viven entre nosotros y que no pierden arbitrios para que nuestros sagrados derechos de libertad, propiedad y seguridad sean ultrajados y volváis a la esclavitud”. En consecuencia, al retirarse el ejército patriota se haría la *tierra arrasada* delante del enemigo. Los enemigos no deberían

encontrar casas, alimentos, animales de transporte, objetos de hierro, efectos mercantiles, y desde luego, gente. Quienes no cumplieren serían fusilados, y sus haciendas y muebles “quemados”.

El pueblo se plegó al éxodo sin necesidad de compulsárselo. No ocurriría lo mismo con la clase principal. Algunos consiguieron esconderse y esperar a Tristán; otros debieron irse a Tucumán con sus bienes, para lo cual Belgrano les facilitó las carretas necesarias.

No hay constancia que las penalidades del tremendo bando se cumplieren. Tal vez fueron sólo amenazas; a lo menos Goyeneche al felicitar a “los pocos que han quedado en la ciudad (Jujuy) decididos y adictos a la causa del Rey sin que los retraiga la devastación que el furor y venganza del Caudillo Revolucionario Belgrano ha causado en su población con su impío bando del 29 de julio” no hace mención de fusilamientos o incendios.

El éxodo empezó en los primeros días de agosto; el ejército inició la retirada el 23. Los voluntarios jujeños de Díaz Vélez, que habían ido a Humahuaca a vigilar la entrada de Tristán, y llegado con la noticia de su pronto arribo, cuidaron la retaguardia.

Combate de Las Piedras (3 de septiembre).

El repliegue debió hacerse con precipitación por la cercanía del enemigo. En cinco jornadas se cubrieron 250 kilómetros. Suponiendo que Tristán se dirigiría a Salta, al encontrar Jujuy abandonado y arrasado, Belgrano hizo alto en las márgenes del río Pasaje (hoy “Juramento”), donde llegó la madrugada del 29 de agosto. Aunque sus órdenes eran de retirarse velozmente a Tucumán, quiso dar algún descanso a los suyos.

Tristán tenía instrucciones de Goyeneche de detenerse en Salta, porque ir más al sur sería alejarse de su base de operaciones en Tupiza. Pero quería alcanzar a Belgrano suponiéndolo presa fácil, y en vez de ir a Salta, siguió al ejército patriota. El 3 de septiembre su vanguardia mandada por Huisi tropieza con la retaguardia patriota acampada a dos leguas del río.

Gysi se apodera de un cañón, hace algunos prisioneros, y entusiasmado se lanza tras los fugitivos que buscaron la protección del grueso del ejército que en esos momentos vadeaba el río por el paso de *las Piedras*. Inesperadamente el jefe español se encontró en medio del ejército patriota: debió escapar devolviendo el cañón y los prisioneros tomados, y dejando a su vez 20 muertos, otros tantos prisioneros y 40 fusiles. Así fue el combate de *las Piedras*.

“Como el desenlace había sido la retirada del enemigo y la captura de algunos prisioneros, primeros que veíamos después de mucho tiempo —dice el general Paz en sus *Memorias*—, se celebró con una importante victoria y contribuyó a alentar al ejército”.

Por los prisioneros se supo que los realistas iban a “bajar hasta Tucumán y aun más allá” persiguiendo a los patriotas. Como el ejército de Tristán estaba próximo, Belgrano imprimió mayor velocidad a la retirada, pues no estaba en condiciones de presentar batalla: recorrió 180 kilómetros en tres días, hallándose el 7 en La Encrucijada; el 12 llegó al río Salí, y el 13 estaba en Tucumán.

En Tucumán.

Encontró mucho apoyo en el pueblo, y en algunas viejas familias próceres. La poderosa de los Aráoz, dueña virtual de la ciudad (el regidor Cayetano Aráoz, el cura Pedro Miguel de Aráoz, el fuerte propietario Bernabé Aráoz), vinculada a su ejército por dos de sus miembros: Díaz Vélez, cuya madre era Aráoz, y el joven teniente Gregorio Aráoz de Lamadrid, volcaría todo su prestigio en la causa patriota.

Belgrano había ordenado a Juan Ramón Balcarce que se adelantase a Tucumán para conseguir refuerzos, y éste convocó a la milicia y reclutó un cuerpo de caballería.

Sin más armas que unas lanzas improvisadas, sin uniforme, ni otra montura que la silla y los *guardamontes* (que habrían de hacerse famosos), los *Dragones* que consiguió reclutar Balcarce llegaban a 400. No tenían disciplina, ni tuvieron tiempo de aprender las voces de mando: pero les sobraba entusiasmo para la *camorra*, como llamaban a la guerra.

Desobediencia de Belgrano.

Era tal el entusiasmo, que hasta los residentes españoles habían prestado juramento de fidelidad a la Revolución. Todos rogaron a Belgrano que se quedase en Tucumán. El mismo general lo había pedido al gobierno antes de llegar a la ciudad.

“V.E. debe persuadirse —había escrito Belgrano al Triunvirato el 12, desde las márgenes del Salí— que cuanto más nos alejamos, más difícil ha de ser recuperar lo perdido, y también más trabajoso contener la tropa para sostener la retirada con honor y no exponernos a una total dispersión y pérdida de esto que se llama ejército”. Pero el gobierno insistió en la retirada en Córdoba, despachando el 12 cuatro pliegos con esas órdenes (que Belgrano recibiría el 17). Al llegar a Tucumán el 13, Belgrano escribe nuevamente que debe quedarse: “Si me retiro y me cargan, todo se pierde, y con ello nuestro total crédito. La gente de esta jurisdicción se ha decidido a sacrificar con nosotros si se trata de defenderla, y de no, no nos seguirán y lo abandonarán todo... Acaso la suerte de la guerra nos sea favorable animados como están los soldados y deseosos de distinguirse en la acción. Es de necesidad proteger tan nobles sentimientos, que son obra del cielo que tal vez empieza a protegernos... Nuestra situación es terrible y veo que la Patria exige de nosotros el último sacrificio para contener los desastres que nos amenazan.”

Era la primera vez en la campaña, que Belgrano encontraba tanta gente dispuesta por la causa patriota. Por eso resolvió desobedecer al gobierno y quedarse en Tucumán.

Entre el 13 y el 24, Belgrano se multiplica para organizar la defensa e instruir la tropa bisoña. El jefe de la artillería, barón de Holmberg, consiguió malamente fundir algunas piezas que fueron colocadas sobre cureñas y emplazadas en las afueras; se zanjaron trincheras, y se esperó a los españoles.

Rivadavia insistía en el retroceso. Al recibir el oficio de Belgrano del 13 informando que haría pie en Tucumán, contesta el 25 (sin saber que ya se había dado la batalla) increpándole porque “lo importante no era que la fortuna se declarase por sus armas, *sino salvar la división*”. Belgrano, el 24, con el ejército de Tristán a la vista, escribe: “Algo es preciso aventurar y ésta es la ocasión de hacerlo; voy a presentar batalla fuera del pueblo y en caso desgraciado me encerraré en la plaza hasta concluir con honor... pero Belgrano no puede hacer milagros (escribe en tercera persona), trabajará por el honor de la patria y por el de sus armas cuando le es posible... Mis compañeros están llenos del fuego sagrado del patriotismo y dispuestos a vencer o morir con su general”.

Todavía el 29 insistía Rivadavia en la retirada: “Así lo ordena y manda este gobierno por última vez... la falta de cumplimiento de ella le deberá producir a V.S. los más graves cargos de responsabilidad.

Batalla de Tucumán (24 de septiembre).

El plan de Belgrano era esperar al enemigo al norte de la ciudad, donde el terreno era favorable para la acción de su infantería. Pero Tristán flanqueó por el oeste, y el encuentro fue en el *campo de las Carreras* hacia el poniente.

Tristán tenía 3.000 soldados veteranos y excelente artillería; las tropas de Belgrano no llegaban a 1.800, con muchos reclutas, y pocos cañones.

El 24, Tristán flanquea y se acerca confiado por el oeste. Como no esperaba combatir porque creía a Belgrano encerrado en la ciudad, no iba en orden de batalla sino de marcha; los cañones no habían sido desmontados de las mulas que los llevaban. Belgrano, que lo esperaba por el norte, efectuó una conversión y le presentó batalla en el campo de las Carreras, repentinamente, con su pequeño ejército desplegado y en correcta formación. Sin embargo, esta ventaja inicial no pudo ser aprovechada por la demora de la infantería patriota en cumplir la orden de ataque. Tristán alcanzó a desmontar su artillería y formar, con tiempo, su línea de combate.

A los primeros estampidos el caballo de Belgrano —“un rosillo muy manso, dice Paz— se encabritó, y como el general no era buen jinete cayó por tierra. Fue tenido por signo de mal agüero, y bajo esta impresión se inició la lucha.

La carga de la caballería gaucha a los gritos y haciendo sonar los guardamontes, desconcertó y quebró la izquierda de los españoles, mientras en el otro flanco —donde estaba Belgrano— los patriotas eran arrojados por el ataque español. En medio de un tremendo desorden, aumentado por la oscuridad que produjo una inmensa manga de langostas (dice Paz que el golpe de las langostas le hacía creer que era herido por las balas), entreverada la caballería de ambos ejércitos, reducido todo a acciones individuales, Díaz Vélez y Dorrego encontraron abandonado el parque de Tristán con 39 carretas cargadas de armas y municiones, y junto con los prisioneros que pudieron tomar y los cañones que atinaron a arrastrar, corrieron a encerrarse en la ciudad. Belgrano, que creía todo perdido, se retiraba hacia el sur con Paz, Balcarce (que había perdido a sus dragones) y otros oficiales, cuando supo que Díaz Vélez tenía en su poder el parque y estaba guarecido en la ciudad.

Tristán, que había conseguido reorganizar a los suyos, se encontró dueño del campo de batalla, pero el parque y la mayor parte de los cañones habían desaparecido. Se dirigió a la ciudad e intimó rendición a Díaz Vélez con la amenaza de prender fuego a las casas; éste contestó que en ese caso pasaría a degüello a los prisioneros, entre los que había cuatro coroneles (uno de ellos, Barreda, primo de Tristán). Toda la noche quedó Tristán junto a la ciudad sin atreverse a incendiarla, y a la mañana siguiente encontró que Belgrano, con alguna tropa, estaba a su retaguardia. Su situación era comprometida: Belgrano le intimó rendición “en nombre de la fraternidad americana” (Tristán era criollo de Arequipa). Sin aceptarla, y sin combatir, se retiraría lentamente por el camino de Salta dejando 453 muertos, 687 prisioneros, 13 cañones, 358 fusiles y todo el parque compuesto de 39 carretas con 70 cajas de municiones y 87 tiendas de campaña. Los patriotas quedaron armados para toda la campaña: sus pérdidas fueron escasas: 65 muertos y 187 heridos.

Belgrano, a la espera que Tristán se rindiera, no lo persiguió; apenas si encomendó a Díaz Vélez que “picase su retaguardia” con 600 hombres. Fue un grave error: en esos momentos pudo apoderarse de todo el ejército enemigo, y se hubiese ahorrado la batalla de Salta. Pero de cualquier el triunfo fue grandioso. No solamente por la magnitud del botín cobrado y detenerse el avance español, sino porque trajo alimentos a las poblaciones del norte que inmediatamente se pronunciaron por los patriotas.

V. F. López llama peyorativamente a Tucumán “la más *criolla* de cuantas batallas se han dado en territorio argentino”. Es exactísimo: faltó prudencia, previsión, disciplina, orden y no se supieron aprovechar las ventajas; pero en cambio hubo coraje, arrogancia, viveza, generosidad... y se ganó.

12. REVOLUCIÓN DEL 8 DE OCTUBRE

Paréntesis sobre tendencias políticas.

En la revolución de septiembre había triunfado la clase vecinal de Buenos Aires sobre los orilleros primero y los provincianos después; los morenistas quedaron excluidos por la burguesía triunfante, y sus jefes —Vieytes, French, Beruti, Donado— volvieron del exilio sin desempeñar función en el gobierno. Castelli quedó preso en el cuartel de patricios (fallecería en octubre de 1812) y Belgrano sólo fue tenido en cuenta para darle el mando difícil de *patricios*, y más tarde la jefatura del ejército del Perú que nadie quería.

Gobernó la clase vecinal porteña: Chiclana representaba a los *saavedristas*, que renegaron del jefe cuando lo vieron rodeado de gente de medio pelo; Sarratea era la influencia valiosa e imprescindible de Strangford y los intereses ingleses, verdaderos triunfadores de septiembre; Passo el hombre que andaba bien con todos y sabía el arte de redactar